

## LA LEYENDA DEL LIBRO NEGRO

Es otoño. Las hojas secas de las retorcidas ramas de aquellos altos árboles que adornan el cementerio cubren el piso e impiden por momentos ver el antiguo camino de piedras que fue construido casi un siglo atrás. La tarde es fría, el sol aún está en medio de su camino hacia el ocaso, el viento mece las ramas de los árboles y entre sus huecos produce un silbido que hace erizar los vellos de las personas que normalmente visitan las tumbas de sus seres queridos en su momento vivos, pero que ahora están muertos. Sin embargo, hoy no hay nadie, y puede escucharse más intensamente aquel silbido, y por el camino de piedra que conduce al centro del campo, camina pesadamente una figura que arrastra detrás de sí una gran bolsa negra, y detrás de ellos, un hilo de una sustancia roja va marcando la ruta que van siguiendo. Cada uno de sus pasos resuena en los huecos que hay debajo de ellos, como un aviso para los habitantes de aquel lugar que un visitante les está otorgando tal exquisito regalo de carne y sangre, y los espíritus que duermen liviamente en sus tumbas empiezan a retorcerse por aquel intruso.

Aquella figura era un hombre, y había tenido una discusión con su hijo la mañana del día anterior. El hijo había encontrado los viejos libros de esoterismo que el padre guardaba celosamente en su armario. Libros plagados de conjuros, de hechizos, pociones, criaturas fantásticas y algunas horribles, leyó una historia de como a las brujas antiguamente las quemaban vivas, y de cómo habían escapado las sobrevivientes a los bosques, montañas y cuevas y que se alimentaban de sangre de mamíferos, y que desde su escondite habían lanzado epidemias a sus perseguidores que les habían atormentado por muchos años llevándose a sus niños, esposas, esposos, padres, y animales. De repente un golpe en la ventana lo hizo despegarse de la lectura, y al voltear a ver de nuevo hacia el libro se topó con la figura de su padre que lo veía furiosamente desde la puerta de la habitación. El niño sintiendo el enojo de su padre, soltó el libro y se paró asustado, tapándose el cuerpo con sus pequeños y delgados brazos, entonces el padre tomó el bastón que estaba al lado de la puerta y con este golpeó al niño en la cabeza. Este cayó de golpe al suelo, y un hilo de sangre brotó de su cabeza. El padre al verla, soltó el bastón y se apresuró a ver a su hijo, que ahora ya yacía con su esposa anteriormente fallecida. Recordar a su hijo en el suelo, mientras su joven sangre se derramaba por las tablas de la habitación taladraba la cabeza del hombre, lo debilitaba y caía al suelo sobre sus rodillas, intentando no vomitar al recordar el inocente miedo que el niño había mostrado ante su figura; pero cuando recordó como había tomado una bolsa negra y había metido ahí a su único hijo, el olor y textura de la sangre le causaron náuseas que lo llevaron a que vomitara lo poco que aún conservaba en su estómago. Ahora aquella bolsa negra le pesaba horriblemente.

Hoy es 31 de octubre, día en el que según sus libros el mundo de los muertos se conecta con el mundo de los vivos (si es que se les puede llamar así) y vagan entre nosotros. El pequeño estaba ilusionado con su nuevo disfraz, era de vampiro, aquellos seres oscuros que se alimentan del alma de los vivos, su padre lo sabía muy bien, en un par de ocasiones, recuerda, se topó con ellos en los confines del mundo. Por eso se dirigía ahora al centro del campo santo, por un antiguo hechizo que había visto una sola vez en un libro que encontró cuando de niño trabajaba en los maizales de su padre, recuerda que ese día, caminaba entre la plantación, buscando al perro de la familia que había salido corriendo, lo encontró en un claro en el que toda la plantación había muerto y apestaba a cuerpos descompuestos, el suelo estaba que ardía y el perro escarbaba el suelo, él lo ayudó a desenterrar lo que había ahí escondido y se encontró con un libro de pasta completamente negra. Recuerda que lo escondió de su padre esa tarde, y luego en la noche, a la luz de las velas de su cuarto, empezó a leerlo. En la primer página mencionaba

que si se hacía todo lo que en ese libro se mencionaba, sin falta alguna y sin saltarse ninguna instrucción, podría conceder el mundo a su dueño, y emocionado por aquellas palabras inició la primer prueba. Las primeras páginas eran algo sencillo, que no pasaba de ingerir la sangre de un pollo ó de una rata, que aunque le dio asco al leerlo, lo hizo y siguió pasando las pruebas... sin embargo, a medida que pasaba las páginas, aquel libro se iba adentrando más y más en su vida y en su familia, y empezó a tener miedo, sobre todo, cuando el libro le mencionó que bajo la sombra del árbol más viejo y retorcido del bosque que se extendía después de la plantación encontraría una rosa blanca. Aquella mañana se adentró en aquel mar de ramas y hojas, y cuando ya se encontraba casi un kilómetro dentro, la temperatura cayó increíblemente y los árboles, cada vez más altos, tapaban la claridad del sol, hasta convertir aquel lugar en un tétrico vacío lleno de susurros y silencios. Quiso volver, pero la curiosidad le ganó en aquel entonces, quería saber si lo que le decía aquel libro era verdad. Caminó un poco más, y en medio de aquella oscuridad encontró un claro, y en medio del claro, un oscuro, viejo y retorcido árbol que ya carecía de hojas y de vida, alrededor de él volaban unos insectos que él nunca antes había visto y que no las mencionaban en ningún libro de criaturas fantásticas que hubiera leído, y en la base del tronco del árbol, en un hueco, se encontraba una rosa blanca entre las rocas y estaba adornada por telas de araña y seda de orugas, y de la abertura del tronco brotaba un líquido rojo, un poco espeso, que hacía un charco en la raíz de la rosa, el libro decía que se debía beber de la raíz de la rosa. Tropezó hacia atrás al intentar salir corriendo, pero al momento de caer los insectos se alborotaron y empezaron a volar a su alrededor y en medio de aquella confusión y miedo, salió corriendo buscando la salida del bosque. Corrió y corrió, y sintió que estaba dando siempre vueltas sobre el mismo lugar y en cada vuelta que daba, veía sombras de hombres y mujeres que salían de la tierra, y corría cada vez más rápido, hasta que por fin dividió la plantación y corrió hacia ella. Cuando salió, escuchó como los pájaros del bosque volaban hacia el cielo como si huyeran de algo que había despertado del bosque. Al llegar a su casa, abrió el libro y se saltó la página de la última instrucción que había leído, y en la siguiente página leyó lo siguiente: "no debes saltarte ninguna instrucción" y todas las demás hojas estaban en blanco, en aquel momento soltó el libro, gritó y perdió el sentido. Cuando despertó, estaba acostado en su cama ardiendo de fiebre, al parecer, su madre lo había subido a su habitación, lo había arropado y lo había cuidado en sus delirios. Pero la casa estaba en silencio, vió que era de noche y que era la hora de la cena. Bajó al comedor, y en cada silla encontró a su madre, a su padre y a sus hermanos, cada uno caído sobre la mesa, con los brazos extendidos, con los ojos abiertos y por la boca abierta entraban y salían a su gusto decenas de moscas. Habían muerto todos durante la cena. El libro negro se encontraba en medio de la mesa.

Le habían dicho que toda su familia se había envenenado con una sustancia desconocida que había en la cena, pero él nunca lo creyó, creció con la seguridad que él había sido el causante de la muerte de toda su familia por haber desobedecido al libro. Hasta esta mañana, él siempre había conservado escondido en los más recóndito de su casa el libro y nunca más lo había vuelto a leer. Hasta esta tarde. Ahora ya no le importaba ganarse el mundo, solamente quería recuperar lo único que le había quedado en su mundo: su hijo. Y el libro le había dicho que debía llevar un cuerpo al centro del cementerio. Cada vez le pesaba más aquella bolsa que ahora ya solamente arrastraba, las lágrimas brotaban abundantemente ahora que había llegado al centro de aquel lugar, a su alrededor se encontraban tumbas de personas desconocidas para él, y entre tantas lápidas se sentía acorralado. Sentía que sombras del pasado y también aquellos insectos de su niñez rondaban a su alrededor, y que esta vez no le permitirían romper las instrucciones del libro. Con mucho dolor dibujó un círculo en el suelo, que lo tuvo que hacer lentamente ya que su brazo le temblaba demasiado, luego recostó el cuerpo amoratado

del niño con la cabeza hacia el norte, "Desde donde vienen las almas" se dijo a si mismo, y luego cada extremidad la colocó en cada una de las cuatro esquinas restantes de la estrella dentro del círculo. Se paró, y ya respiraba rápida y fuertemente, como si le faltara el aliento, y es que veía como las moscas rondaban la herida de la cabeza de su niño, y también el hilo de sangre ya coagulada que bajaba por su sien. Le faltó poco para volver a vomitar, aunque ya tenía el estómago casi completamente vacío. En medio de las nauseas, volvió a tomar el libro y leyó sus instrucciones.

Minutos después bajaba por el mismo camino de piedra con el libro en la mano, con dirección hacia una cabaña que parecía abandonada, con jirones de tela en las ventanas, con árboles completamente secos a su alrededor y protegida de las lápidas por una vieja cerca de madera y alambre. La puerta estaba abierta, y a merced del viento oscilaba constantemente, el sol ya se estaba ocultando a las espaldas del hombre y su larga sombra se proyectaba por el resto del camino que aún le faltaba para llegar a la choza. El libro le había advertido que buscara refugio lo más cerca posible y que pasara lo que pasara no saliera de él. Abrió la puerta lentamente y las bisagras chillaron horriblemente por el óxido que por tanto tiempo las había carcomido. Lo único que encontró dentro fue una cama, una mesa y una silla, todo cubierto completamente de polvo, hojas de árboles secas, algunas ramas y un cuadro en la pared que contenía una especie de pergamino, pero ya estaba tan gastado y rasgado que era imposible su lectura. Limpió la silla y la mesa, y sobre esta última colocó el libro. Se dirigió hacia la ventana que daba al camino de piedra y vio que desde ahí se divisaba el cuerpo de su niño, aún en la misma posición en la que lo había dejado. Se quedó largo tiempo observándolo fijamente mientras el sol seguía su camino hacia el poniente y hacía crecer cada vez más las sombras de las lápidas. Y de repente le pareció observar algo raro: las sombras de las lápidas comenzaban a moverse lentamente, al igual que las sombras de los árboles, pareciera como si les estuvieran saliendo extremidades: manos, pies, algunas cabezas y después se dió cuenta que realmente era eso lo que veía, los cuerpos que yacían metros bajo tierra estaban emergiendo de sus tumbas y caminaban torpemente, algunos arrastrándose, dejando tras de si restos de sus cuerpos en descomposición, llenando el aire con una aroma fétido y podrido, y justo cuando los primeros llegaron al cuerpo del niño para alimentarse de sus carnes, un cuervo graznó guturalmente y el hombre salió de su ensueño. Volvió a ver el cementerio y estaba tan tranquilo como lo había encontrado, el cuerpo de su niño yacía en el mismo lugar y en la misma posición. Gruesas gotas de sudor frío bajaban por su rostro, mientras la fiebre hacía que le doliera todo su cuerpo, se sintió sin fuerzas y a punto de desfallecer por lo que se sentó en la silla y se dejó caer sobre sus brazos en la mesa. La noche no tardó en llegar.

En sus sueños corría y corría a través del bosque de su infancia, sin encontrar la salida. A sus lados escuchaba voces y veía sombras que se le acercaban y que por más rápido que corriera y por más vueltas que diera no podía deshacerse de ellas. Despertó de golpe en el momento que vió la luz de la salida, y lo primero que hizo fue ver la hora en su reloj de pulsera: ya eran las 11:17 p.m. De acuerdo a una antigua leyenda celta, el reino de los no vivos abre sus puertas hacia este mundo cuando la noche del 31 de octubre va llegando. Y a medida que se acerca la medianoche, las puertas están cada vez más abiertas, hasta llegar al culmen de las 0 horas cuando las puertas están completamente abiertas de par y par, y por el transcurso de 11 minutos y 6 minutos, las almas errantes pueden encontrarse con las almas vivas de nuestro mundo. Pasado ese tiempo, las almas errantes deben regresar al inframundo. La hora llegaba, y todo el lugar se encontraba a oscuras, solamente la escasa luz de la luna entraba por las ventanas, protegidas por los jirones de tela que él había amarrado. Afuera, solamente se podía escuchar el sonido del viento que golpeaba la casa, levantaba polvo y hojas caídas, y silbaba al pasar por entre

las ramas de los árboles. La fiebre ya era más débil, por lo que pudo levantarse y caminar a lo largo de la habitación. Quería saber como estaba su niño, ver lo que estaba pasando afuera, que no escuchaba más que el viento, sin embargo el libro le había advertido no salir de aquel lugar y no quería tampoco romper de nuevo las reglas. Se debatía entre la curiosidad y el miedo, y se preguntaba "¿Y si, veo por la ventana?" pero el sólo hecho de pensar en asomarse hacía que un escalofrío recorriera toda su espalda y su corazón empezara a latir rápidamente, lo pensó mejor y decidió acostarse un momento, a esperar a que pasara la noche. En la oscuridad limpió la cama, y aunque seguía estando sucia, se recostó encima de ella y cerró los ojos. El reloj marcaba ya las 11.31 p.m.

No lograba conciliar el sueño, las visiones venían cada vez más claras y más vivas. Recordaba como había vuelto aquel día del trabajo y había encontrado colgada de la rama del árbol a su esposa, el día anterior habían tenido una fuerte discusión y él hasta le había deseado la muerte en los momentos de furia. Su deseo se había cumplido. Había sido también un día de otoño, aquel día no había electricidad en todo el pueblo, las calles estaban completamente en silencio y las nubes amenazaban con cubrir por completo la luz del sol. Su mujer estaba con una soga al cuello, y su piel ya estaba fría y un poco amoratada, su lengua estaba de fuera y sus ojos cerrados. Y a pesar de verla en aquel estado, no sintió remordimiento, fríamente se subió al árbol y con la navaja que siempre traía consigo, había cortado la soga amarrada a la rama. El cuerpo de la mujer cayó de golpe al suelo. Afortunadamente aquella semana, su hijo estaba con la abuela y no vio el cuerpo de su madre, hasta que regresó directamente al funeral. La abuela no soportó el dolor y también murió por causa de la tristeza. Ahora ya estaban sólo ellos dos.

Abrió los ojos de golpe cuando escuchó unos pasitos cerca de la puerta de la casa, se movían a intervalos, como si fueran dando pequeños pasos con ambos pies. Le recordaban a su niño cuando jugaba a saltar los cuadros del piso de la casa. "¿Qué será?" se preguntó, no sabía exactamente que sucedería durante la noche y por eso quería simplemente dormir y despertar hasta el día siguiente en la mañana. Los pasos se acercaban cada vez más a la puerta. El hombre se levantó y con mucho miedo tomó un pedazo de madera que estaba al lado de la cama para defenderse de lo que fuera que estaba cercándose. Podía escuchar en el eco de las paredes su propio corazón, sus piernas y brazos no le respondían y en el momento justo que escuchó los pasos al lado de la puerta, escuchó que algo levantó el vuelo. "Es un cuervo" se dijo a si mismo, respiró y se volvió a asustar cuando aquel cuervo se posó en el marco de la ventana. Se miraron fijamente, y era como si el cuervo estuviera retándolo a que se acercara a él. El hombre lo pensó dos veces, sin embargo no quería verse interrumpido por un ave. Se dirigió hacia la ventana para ahuyentar al cuervo, cuando este le graznó y salió volando en el mismo instante en que tocaron a la puerta. Toc Toc Toc! se escuchó, el corazón del hombre se detuvo por unos segundos, volvió a sudar frío "¿Quién podrá ser?" se preguntó. Toc Toc Toc! volvieron a tocar más fuerte que la vez anterior. "¿Abriré?" TOC TOC TOC! ahora casi derrumbaban la puerta, el hombre ya casi no podía respirar, balbuceaba al principio, hasta que por fin logró articular un "¿Quién?" el siguiente TOC TOC TOC! fue tan fuerte que sintió temblar el piso de la casa. Temblando, se dirigió hacia la puerta y tomó entre su mano el pomo. Casi lloraba cuando lo tocó, pero aún así no fue capaz de abrirlo, el miedo a las reglas de libro lo obligaban a dejarla cerrada. No se volvió a escuchar nada más que el viento detrás de la puerta. Silencio sepulcral.

Levantó la cabeza, viendo hacia el techo. Era un techo de madera, con algunos agujeros que dejaban traspasar un poco de la claridad de la luna. En eso, una sombra pasó por uno de aquellos hoyos, y

empezaró a escuchar uno pasos que venían del techo. Algo estaba caminando, y se movía por toda la extensión de la casa, y daba pasos tan fuerte que el polvo del techo caía sobre el piso. Parecía que era un animal de cuatro patas ó eran dos animales que caminaban con dos patas cada uno, no daba con la respuesta, más se preguntaba qué podía ser aquello que rondaba su casa, y si era lo mismo que había tocado su puerta. Parecía que por momentos corría, y que por otros momentos caminaba muy lentamente. "¡¿Qué quieres?!" le gritó, y el animal se detuvo, no volvió a escucharlo más, pero ahora de reojo había visto caer una sombra por la ventana. No hizo ningún ruido al caer, y empezó a caminar hacia un lado. Era una sombra muy alta, parecía de alguna persona, se quedó mirando fijamente, y pasó por segunda vez, en dirección contraria, era como si estuviera rodeando la casa ó ¿había sido otra sombra más? Se quedó así por un buen rato, el reloj ya marcaba las 11.48 p.m. y las caprichosas nubes estaban tapando cada vez más la luna, y aquel lugar se estaba volviendo en una boca de lobo. Una sombra negra irrumpió por la ventana y entró a la casa. Parecía un enorme perro, pero sus ojos eran rojos, como dos brasas ardientes. Las piernas no le respondían, y el animal caminaba lentamente hacia él, entonces él empezó a retroceder hasta toparse con la mesa en la que se encontraba también el libro, se apartó de ahí y se arrinconó en una esquina, siempre con la madera entre las manos, temblando de miedo, con el corazón a punto de estallarle. Las brasas ardientes lo habían seguido pero no era él su objetivo, ahora se dirigía hacia el libro, lo tomó con sus fauces y salió corriendo de nuevo por la ventana. Ahora respiraba fuertemente.

El viento soplaba fuertemente cuando abrió la puerta para seguir a la bestia que se había llevado su libro. Cerró los ojos por un momento para que no le entrara el polvo, y el viento se calmó de repente, al volver a abrirlos vió que el suelo estaba teñido por una densa neblina y el frío ahora le calaba hasta los huesos, se abrigó con sus propios brazos. Levantó la vista hacia donde estaba el cuerpo de su niño y a su lado, vio la enorme sombra negra de la bestia, que había soltado el libro y miraba fijamente con sus enormes ojos ardientes al hombre. Empezó a caminar lentamente por el camino de piedras, y no había dado cinco pasos cuando la puerta de la casa se cerró por si sola con un fuerte estruendo. Parecía no haber vuelta atrás. Observó el reloj y ya daban las 11.59 p.m. Siguió caminando lentamente, y a medida que se acercaba al centro, aparecían sombras de las lápidas, y a lo lejos por entre los árboles, flotaban globos luminosos que se iban acercando cada vez más a las lápidas. Las sombras pasaban por el piso, por entre los pies del hombre, pero sin tocarlos, por encima de su cabeza volaban unos extraños insectos que parecían humanos deformes con alas de libélulas. Siguió caminando lentamente con el corazón en el cuello, luchando por no desmayarse, la fiebre y las nauseas habían vuelto, y ya le resultaba casi imposible contenerlas, ya le faltaban solamente un par de metros para alcanzar el cuerpo del niño. Beep Beep! sonó el reloj anunciando la medianoche. Las sombras, los insectos y los globos se empezaron a mover vertiginosamente, entonces él comenzó a correr, pero algo surgió del suelo y lo detuvo de los pies, haciendo que cayera de boca contra el suelo, miles de manos estaban ahora saliendo del suelo, agarrándole las piernas y los brazos, él luchaba por quitárselos de encima, pero las manos eran muy fuertes y desprendían un fuerte olor a podrido que no pudo contenerlo y vomitó sangre, los insectos iban y venían de su cuerpo, hundiéndole unos enormes agujijones en sus piernas y brazos. Los globos ahora se movían por encima de él y vió que eran la cabeza de horribles y deformes sombras. Gritó fuerte, y volteó a ver el cuerpo del niño. La bestia ya no estaba, en su lugar, el cuerpo del niño había empezado a arrastrarse desde su lugar y se dirigía hacia donde él estaba, se arrastraba con sus brazos y mantenía su rostro oculto con el piso, pero parecía que iba escupiendo sangre coagulada, negra y espesa, cuando estuvo muy cerca, levantó el rostro y toda la piel de su cara estaba ahora destrozada y de todas las heridas salían insectos y gusanos, abrió la boca y gritó tan agudamente que los tímpanos

del hombre se rompieron y empezó a brotar sangre de sus oídos, que se sumaba con al sangre que salía de su boca y nariz y de los agujeros que había en sus brazos y piernas. El cuerpo del niño se levantó y se paró al lado de la cabeza del hombre, movió los brazos hacia su rostro, hacia sus ojos y de un rápido movimiento, los sacó de sus cuencas, el hombre gritó de dolor horriblemente. Ahora ya no veía nada, y solamente fue sintiendo como todo su cuerpo se iba deshaciendo poco a poco, como muchas manos abrían su abdomen e iban sacando uno a uno cada órgano de su interior. El dolor se fue intensificando cada vez más, hasta que llegó un momento en que no sintió nada y perdió el sentido.

Al día siguiente, las primeras personas que visitaron el cementerio dieron aviso a las autoridades de dos cuerpos que se encontraban en medio del campo santo. Una era el cuerpo de un niño, que estaba tendido sobre un pentáculo con la cabeza hacia el norte y cada una de sus extremidades en las puntas restantes. El otro cuerpo era el de un hombre, que luego se confirmó era el padre el pequeño. Su cuerpo estaba boca arriba, intacto, a excepción de las cuencas oculares vacías y de la sangre coagulada que bajaba de su boca, nariz y oídos. Sus ojos se encontraron en sus propias manos. "Parece" dijo el jefe de policía "qué él mismo se sacó los ojos", se determinó que murió de hipotermia. Inspeccionaron todo el perímetro, en busca de pistas que ayudaran a determinar lo que había pasado la noche anterior. Uno de los policías, a algunos metros de la zona, encontró un lugar donde el suelo estaba que ardía y olía a podrido, en medio de ese lugar encontró un libro con una extraña pasta negra. Nunca dio palabra de su existencia.